

TEMES

El novecientos mediterráneo. Ensayo de análisis de una dinámica histórica plural¹

Jordi Casassas i Ymbert
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Considerando que esta es una aproximación generalista y a la espera del sometimiento a lo que F. Braudel² llamaba la definitiva *prueba de los hechos*, pienso que podemos abordar la cuestión de la evolución global del área mediterránea durante el siglo XX teniendo en cuenta una serie de consideraciones:

— En primer lugar, resulta lógico preguntarse hasta qué punto es posible individualizar unas características centrales y únicas, aplicables a una más que hipotética unidad mediterránea. Desde este punto de vista, el tiempo y el espacio han de ser considerados en su extrema relatividad.

— En segundo lugar (y salvando los elementos de relativización antes apuntados), pienso que debemos tener en cuenta como mínimo cinco grandes elementos: 1) los geográficos; 2) los militares y geoestratégicos,

¹ Este texto fue presentado durante las sesiones de trabajo de la III Trobada de la Xarxa Mediterrània d'Història Cultural. Universidad de Barcelona, 17-18 de diciembre de 1999.

² *L'identité de la France*, 1986.

determinantes en un área periférica del centro-oeste europeo; 3) los cronológicos, considerados bajo el aspecto de la confrontación típicamente mediterránea entre tradición y modernidad; 4) los de modernización, en cuanto al papel jugado por el Estado y en lo que se refiere a las dinámicas económica y social; y, 5) los culturales, especialmente los relativos a la formulación nacionalista y a la dinámica de las identidades.

— En tercer lugar, y casi a modo de conclusión provisional, creo conveniente abordar la cuestión de hasta qué punto podemos otorgar al siglo XX una personalidad diferenciada como medida de análisis.

Antes de proseguir me gustaría apuntar, a modo de declaración de principios, la necesidad de volver a los análisis de larga duración (hecho comúnmente olvidado por los contemporaneístas). Por lo que se refiere al siglo XX y en contra de las aportaciones postmodernas, que se traducen en el énfasis descontextualizado sobre lo que denominamos el *mundo actual*, de 1945 en adelante,³ creo que tan sólo se podrá comprender este período con una lectura menos ideológica de la historia del siglo XX. La historia hecha por los historiadores no puede identificarse con la *congelación del pasado* consumada por el Poder a través de sus innumerables formas de conmemoración del pasado, con las generalizaciones mecanicistas realizadas por el periodismo, la economía y la política o por la actual y enésima resurrección de los planteamientos sociologistas.

1. ¿Más diferencias o mayores coincidencias?

Resulta difícil aludir al Mediterráneo sin destacar su diversidad histórica. A nadie se le oculta la dificultad de agrupar en un mismo esquema las dinámicas de las orillas Norte y Sur; pero algo parecido puede afirmarse respecto a su parte occidental en relación a la más oriental, con dinámicas históricas tan diferentes (crisis del Imperio Otomano, creación del nuevo estado de Israel, etc.). Aún hoy, algunos acontecimientos de política internacional ponen de manifiesto el gran recelo histórico que desde el Medioevo abrió un abismo entre el mundo islámico y el cristiano o que lanzó al mundo hebraico al *ghetto*. Existen, además, y este hecho

³ Véanse al respecto las reflexiones de Jean Braudillard en *L'illusion de la fin ou la grève des événements*, 1992.

constituye un elemento añadido de complejidad, áreas mediterráneas gobernadas por estados que, como el francés, tienen un predominio de alcance claramente no mediterráneo y que incluso mantienen en situación de una cierta marginalidad a sus regiones mediterráneas. Y aún existen otras áreas, como Portugal, que, a pesar de quedar integradas en el mismo espacio bioclimático, han tenido a lo largo de su historia una vocación más atlántica.

Pero las dificultades para hallar una explicación única a la evolución histórica mediterránea no se detienen en estas consideraciones obvias. De una parte, no podemos olvidar la marginación que afecta a esta área desde, como mínimo, la Edad Moderna (etapa en la que se configuran las coordenadas doctrinales, políticas y económicas del mundo contemporáneo). Las diferentes unidades políticas de esta área se convierten en potencias de segundo orden, en un claro proceso de subordinación histórica, que configura espacios de dependencia respecto a las potencias del Norte. Los países mediterráneos olvidan la vieja autonomía de su área y buscan en el Norte sus referentes básicos, que con posterioridad intentarán adaptar a sus realidades *particulares*.

Un italiano, pongamos por caso, aún hoy considera natural conocer los mecanismos políticos del parlamentarismo británico o del estatismo francés así como desconocer casi por completo la dinámica histórica española, de la que intentará destacar los grandes elementos estereotipados que la separan de su propia experiencia histórica y vital (el hecho se produce exactamente igual en sentido contrario). De este tipo de experiencias que transcurren en paralelo, sin encontrarse jamás, se han derivado incluso vocabularios, aparentemente similares, pero que pueden encerrar realidades diversas, con lo que la posibilidad de establecer un ritmo común se convierte en algo aún más complejo.

Existe un segundo elemento diferenciador de las realidades mediterráneas entre sí, que se fundamenta en la gran pervivencia de las más variadas formas de localismo: sólo la televisión, extendida como fenómeno social desde finales de los años sesenta, ha permitido superar esta sujeción tradicional tan determinante. Constituye casi un lugar común el lamento mediterráneo de hasta que punto sus respectivos estados no han sabido propiciar la cohesión territorial, nacional, económica y social que es condición indispensable para el desarrollo del modelo occidental de modernización. Claro está que la propia extensión del fenómeno local permite entrever

elementos comunes en su funcionamiento interno: elementos de tipo cultural, antropológico, referidos al funcionamiento del poder, a las relaciones con la comunidad extralocal, etc. Pero, en definitiva, la posibilidad de generar conciencia de grupo y, más allá, de sociedad nacional y de nación, es algo a lo que buena parte del Mediterráneo ha llegado con una cronología ciertamente distinta de la noroccidental.

Finalmente, no podemos olvidar que el propio historiador, coautor de la dinámica histórica, introduce con este protagonismo importantes elementos de diferenciación y de relativización de los discursos históricos. Esta acción puede resultar determinante porque acentúa las diferencias y convierte su labor en discurso político, en elemento activo del proceso cambiante (histórico) de concreción de las identidades colectivas.

Seguidamente explicaré una anécdota que puede ayudar a comprender el alcance de estas formas de subjetividad, de gran arraigo territorial, o el de un mundo simbólico que se cierra sobre sí mismo e interviene con fuerza relativizadora en los análisis históricos. En septiembre de 1999 unos colegas de Tesalónica, en la Macedonia griega, me interrogaron sobre el futuro de Europa. Enseguida me di cuenta que mi insistencia en destacar el carácter *revolucionario* del intento superestructural europeo de la segunda mitad del novecientos o las nuevas posibilidades de desarrollo cultural regional eran temas que no les interesaban en aquel momento. Su interés se centraba en el papel jugado por Europa en el reciente conflicto balcánico y en la forma cómo estaba afectando a la convivencia y al futuro del pueblo griego. A finales de noviembre hemos visto la virulencia de las manifestaciones de la extrema izquierda griega frente a la visita del presidente de los EEUU, Bill Clinton, contrastando con las exaltaciones patriotas de la Iglesia y la extrema derecha frente a la independencia de Macedonia en 1992 y la imposición internacional de su reconocimiento por parte de Grecia en 1995.

Mis amigos griegos, gente moderada y contraria desde siempre a los fraccionamientos nacionalistas reivindicativos, están cambiando sus puntos de vista. Critican a la UE y condenan a la intelectualidad occidental por el abandono de su tradicional postura crítica frente al poder y por sus posiciones unánimemente alineadas con los intereses estadounidenses y los objetivos de su brazo armado, la OTAN. La reciente polémica académica y política suscitada en Francia, en la que se acusa a Grecia de moverse por un

imaginario político tradicional, de fondo religioso ortodoxo, esto es, de no-occidentalidad democrática, dada su alianza con Serbia ante el conflicto macedonio, convierte la anécdota en problema general.

El Mediterráneo ha sido desde tiempos remotos un centro de atracción y un área creadora de culturas. Ello significa mestizaje y pugna de intereses, lo que implica la necesidad de asimilación entre cultura y violencia. Cualquier visión unitaria de su gran recorrido histórico debe contemplar esta dualidad engendradora, a un tiempo, de semejanzas y divergencias: la confrontación teológica (esto es, de sistemas culturales excluyentes) entre hebreos, musulmanes y cristianos constituye la lamentable evidencia de todo ello.

El siempre citado F. Braudel, el más destacado historiador de la dinámica mediterránea, ha hablado con gran plasticidad de la «*viscosa continuidad histórica*» de este mar. Esta es la visión relativista con la que debe entenderse la parte que corresponde al Mediterráneo en la evidente aceleración mundializadora (y progresivamente uniformizadora) que se ha experimentado en el siglo que ahora termina.

A la postre, pienso que podríamos quedarnos, casi a modo de divisa, con la afirmación de Séneca, «*idem nec unum*» (idéntico pero no una sola cosa), que tan bien sigue caracterizando la vida en esta área mediterránea.

2. Principales elementos de la evolución unitaria del siglo XX

Una vez advertidos de las dificultades a la hora de hallar un único hilo argumental para la trayectoria del siglo XX en el área mediterránea, recordamos la necesidad de referirnos a cinco elementos que permiten identificar unas problemáticas compartidas.

Los elementos geográficos. El mar Mediterráneo ha jugado y sigue jugando un papel tan relevante que el mencionado Braudel se ha referido a él como el *continente líquido*. Centrándonos en el período contemporáneo, pienso que debemos seguir teniendo en cuenta los elementos naturales de territorialidad, esenciales junto a los culturales y políticos en la constitución de los espacios nacionales modernos.

Tradicionalmente, el Mediterráneo ha constituido un lugar de paso, con pequeñas llanuras longitudinales que en largos períodos han configurado hábitats inseguros (piratería). Por otra parte, la densidad de población ha sido

normalmente alta y se ha desarrollado una red urbana de ciudades grandes y medianas relativamente importante. Pero tampoco puede olvidarse la orografía, muy montañosa, que caracteriza las penínsulas mediterráneas y que en ocasiones actúa de barrera que las separa de otras áreas. Sobre todo cuando este relieve lo constituyen montañas de tipo cárstico (denominación típicamente balcánica), de notable aridez en su superficie, se convierten en una verdadera frontera. Además, la montaña constituye un área que entra en la Edad Contemporánea como una zona en retroceso y siente que la agresión proviene del mundo urbano y de la llanura, con los que establece una relación de prevención, o incluso de franca hostilidad.

En el siglo XX, básicamente en su segunda mitad, se han producido cambios notables. Los 45.000 km de costa de este mar se han visto revitalizados por el *descubrimiento* del sol y la extensión rápida de la cultura del ocio. A finales del siglo XX este cambio produce en verano concentraciones costeras de entre 11.000 y 12.000 hab./km². Y, junto al progresivo aumento del nivel medio del mar, está provocando la salinización de los acuíferos tradicionales. Los especialistas están volviendo su atención hacia los métodos tradicionales de extracción y aprovechamiento del agua, puesto que parece que las técnicas modernas no podrán soportar una presión demográfica tan grande.

En la orilla norte la problemática tradicional de un mar y un bioclima mediterráneos con unas condiciones que permitían desarrollos (por ejemplo agrícolas) muy limitados, está cambiando con notable rapidez. No puede olvidarse la aparición de áreas de un notable dinamismo y capacidad de adaptación a las condiciones más actuales y al proceso de mundialización económica (por ejemplo el denominado *arco mediterráneo noroccidental*, con capital en Barcelona).

Puede decirse que las condiciones generales de este mar empezaron a cambiar con la apertura del Canal de Suez, en 1869. La apertura de la vía marítima hacia Oriente cambió su valor geoestratégico y añadió presión a un área en la que, con la salida del mar Negro como única puerta sur del expansionismo ruso, la tensión era muy fuerte. Pero tampoco podemos considerar esta condición como inmutable e invariable a lo largo del tiempo. El siglo XX ofrece un ejemplo claro de esta variabilidad y dinamismo. Desde los dos últimos decenios del siglo, la salida al mar Rojo se ha beneficiado del desplazamiento del eje comercial mundial hacia el

Pacífico. De repente, el Mediterráneo se ha vuelto a convertir en un espacio vital de paso, en el flanco europeo que ahora es más cercano al Pacífico. Los nuevos problemas que esta situación ha creado en las principales zonas portuarias y de *hinterland* desarrollado y bien comunicado con el interior tienen una dimensión, complejidad y diversidad mucho mayores que los tradicionales.

El sol, en definitiva, elemento cargado de agresividad desde la tragedia clásica retomada por J. P. Sartre en su drama *Les Mouches* (1943), ha terminado, en gran parte, por redefinir la propia región (ahora como moderna región de servicios) y la comprensión que de ella se tiene desde el Norte desarrollado.

Los elementos militares y geoestratégicos. No podemos olvidar que el siglo XX prácticamente comienza, para el conjunto del área mediterránea, con la gran crisis colonial de 1896-1898. Se trata de una determinación violenta del conjunto de esta área que tendrá importantes consecuencias en el interior de cada país afectado, incluida Francia, precipitando la crisis de su Tercera República. El Mediterráneo ya había sido el gran damnificado en la Conferencia de Berlín de 1885 y entrará en el novecientos con el problema de tener que competir en el cerrado y proteccionista mundo imperialista, desventaja y resituación a la que se ha visto sometido por el agresivo Norte desarrollado.

Debe reflexionarse sobre este punto y ligarlo al proceso de constitución del estado moderno en su versión contemporánea de estado-nación. El norte mediterráneo está en crisis a principios del siglo XIX, sumido en profundas luchas (ya sea internas o nacionales) o, como en el caso español, implicado en el primer gran proceso descolonizador del mundo contemporáneo. Es el momento de consolidación de la nueva forma política y el sur de Europa se halla sumido en una crisis y disgregación que la hace prácticamente imposible. A la entrada del siglo XX, cuando los estados occidentales realizan su gran transformación y buscan convertirse en maquinarias de una gran sofisticación intervencionista y nacionalizadora, los estados del sur se hallan sumidos en una nueva forma de crisis y de imposición violenta de la condición de dependencia por parte de las potencias del norte de Europa, más desarrolladas y organizadas.

Pero, si de principios de siglo XX nos trasladamos a su final, nos daremos cuenta de que existen algunas similitudes preocupantes. El control de las grandes potencias (como factor de novedad ahora existe el abrumador

predominio de los EEUU) sigue siendo determinante. Italia, por ejemplo, se ha visto casi forzada a ceder sus bases para el buen desarrollo de la *nueva guerra* (de hecho se estrenó en la Guerra del Golfo) de agresión occidental-americana a Serbia. Turquía y Grecia se ven afectadas y utilizadas en grandes proporciones y tienen serios problemas para mantenerse o para acceder a la UE. El propio ex-primer ministro italiano, el neocomunista D'Alema, ha declarado recientemente que el mar Adriático es un mar frontera que separa el mundo democrático de la incivilidad oriental. Mientras, los EEUU, que ya habían utilizado Macedonia como base logística, están construyendo en Kosovo una enorme base militar.

Los problemas de la guerra y de la violencia han sido y siguen siendo temas fundamentales para la dinámica histórica mundial y, especialmente, para poder comprender los ritmos de consolidación de las formas políticas que permitirán una mayor centralización, la integración social y la modernización económica. A lo largo del siglo XX, el Mediterráneo ha seguido siendo un foco constante de ambos problemas, desde las crisis helénicas y las balcánicas hasta los problemas de la descolonización, en sus sucesivas fases, pasando por las guerras civiles y por los efectos de las dos guerras mundiales. Las actuales guerras en la ex-Yugoslavia, por otra parte, han vuelto a poner de relieve el tema de la violencia. Se trata de un recurrente histórico en el Mediterráneo, que ha hecho desesperar a muchos por la pervivencia del factor incivilidad que lo descarta, ciertamente, para la civilidad democrática.

Pero el problema de la violencia es más complejo y extendido. Resulta imposible olvidar aspectos y situaciones como la violencia social (con coberturas ideológicas que van de la extrema derecha y del mundo patronal organizado, hasta la extrema izquierda y el anarquismo), la pervivencia de las más diversas formas de bandolerismo (y las grandes dificultades que el Estado ha tenido para proceder al definitivo desarme de la sociedad), la violencia propia del mundo rural y de montaña o las formas violentas de exclusión cultural practicadas contra los sectores populares en su difícil proceso de integración en la moderna sociedad urbana e industrial.

Por otra parte, y este es otro factor de permanencia de la violencia en las dinámicas mediterráneas, la violencia se ha perpetuado a través de las dictaduras que ocupan largos períodos del novecientos mediterráneo.

Conviene no perder de vista que se trata de dictaduras militares y que la militarización de la vida pública y la consideración del Ejército como institución identificada con el *cuerpo nacional*, aun en normalidad constitucional, constituye una constante que caracteriza las dinámicas mediterráneas hasta finales del siglo XX. Además, no podemos dejar de considerar la sincronía de estas experiencias autoritarias y extraparlamentarias mediterráneas (en los años veinte y tras la Segunda Guerra Mundial) a fin de valorar la importancia de la violencia y la guerra puestas al servicio de los grandes intereses geoestratégicos del novecientos y como una de las pocas salidas que a la postre se darán a los desequilibrios y tensiones internos de cada uno de estos países.

Ante todo debemos entender el novecientos como el siglo de la inestabilidad mundial. Europa, tras la paz de Westfalia (1648) y, sobre todo, de la de Utrecht (1713), cuando el tema se hará explícito, se ha acostumbrado a vivir bajo la determinación de un *orden mundial* fijado por el equilibrio de las grandes potencias del momento y renovado tras cada gran conflicto general (en Viena, en 1815, y en Versalles, en 1919, con una inquietante cadencia cronológica secular). Pero lo cierto es que el fracaso *ordenancista* de la Conferencia de Berlín de 1877, auguraba un nivel de conflicto de difícil resolución que haría muy complicada la permanencia de este orden mundial de manera duradera en el siglo XX: la determinación de 1919 sabemos que duró bien poco; la de Yalta, de 1945, debió *congelarse* (violentarse) ya en 1948, a fin de que pudiera tener una cierta trascendencia, y tan sólo en 1973 se vio claro hasta que punto se había hecho insuficiente e inestable; la de Helsinki, de 1975, estaba destinada a hundirse a partir de 1989. Así pues, el siglo XX ha roto esta cadencia secular que había adquirido el *orden mundial*.

Pero lo que ahora nos interesa destacar es el período de 1945-1948 a 1973-1975, esto es, casi un tercio del siglo. El área mediterránea ha de resignarse en esta etapa a la imposición, una vez más por medio de la fuerza, de los grandes intereses geoestratégicos. El mundo democrático y libre de Occidente, en su gran confrontación con el mundo del socialismo real durante toda la *Guerra Fría*, no dudará en mantener en este flanco sur unos regímenes dictatoriales autoritarios. Éstos, que ejercen una violencia indudable, tan sólo se harán obsoletos en el transcurso de la discusión con

el Este sobre la validez universal de los derechos humanos, en esta *gran transacción* que representó la puesta a punto del Acta de Helsinki.

Los elementos culturales y políticos. En este apartado debemos referirnos a la gran dicotomía mediterránea que se establece entre tradición y modernidad. Se trata de plantear un tema de fondo y con gran número de implicaciones, que parte de la constatación de la dificultad que entraña la conquista del presente cuando aún no se ha conseguido dominar el pasado.

Sabemos que a lo largo del siglo XX este obstáculo ha alcanzado cotas verdaderamente dramáticas y de una gran carga ideológica, que todavía no parecen haberse disipado. La reincidencia en la frustración que sucede a cada etapa que se desea o que se vive como de *transición* y definitivo acercamiento al modelo noroccidental, pero que a la postre desemboca en una parecida situación de *no avance*, termina por generar desesperación y desánimo y, en según que áreas, respuestas de una gran violencia.

Hasta hace bien poco podía hablarse del desarrollo de modelos perdedores (y en la ribera sur se resisten aún a abandonar esta perspectiva); pero la actual situación finisecular, de cierta conciencia de transición con final incierto, puede llegar a hacernos dudar del carácter irreversible de aquella forma de subdesarrollo cultural y político. Lo cierto es que, en el conjunto del área mediterránea, se llegó al siglo XX con una gran sensibilidad respecto a los efectos que podía tener esta conciencia de asincronía respecto del Norte desarrollado. Dichos efectos no eran sólo teóricos; en muchas áreas el mundo urbano mediterráneo comenzaba a plantear serios problemas de crecimiento y de cambio cualitativo que obligaban a pensar, con cierta urgencia, en la necesidad de formular políticas nuevas que permitiesen superar las viejas carencias y deficiencias, así como encarar los nuevos retos.

En todo este posicionamiento colectivo, los intelectuales mediterráneos han jugado un papel muy destacado; de hecho venían desarrollándolo desde las primeras décadas del siglo XIX, supliendo la debilidad de las estructuras políticas, institucionales y mediáticas de la zona. Desde los últimos años de este siglo XIX volvieron a combinar su sentido crítico con una renovada voluntad de aportar soluciones concretas, que abandonasen los viejos doctrinarismos *utópicos* típicos del ochocientos. Los intelectuales hicieron evidente esta nueva y urgente necesidad de intervencionismo público en

dos grandes etapas, que en el plano cultural podemos hacer coincidir con el esplendor neopositivista de fines de siglo y con el auge idealista y vitalista de los primeros años del novecientos. Nos referimos al momento de finales de siglo XIX en el que se produjo la formulación de los programas de lo que en España se conoció como el *Regeneracionismo* y a un segundo momento que se desarrollará en las dos primeras décadas del siglo XX, a menudo alineado con el nacionalismo conservador, cuando no es la simple continuación del regeneracionismo ochocentista, ahora, la mayor parte de las ocasiones, bajo una formulación de signo republicano-socialista. A veces, sorprende lo tenue que fue la línea fronteriza que separó, en estas dos primeras décadas del siglo XX, las formulaciones modernistas de izquierdas de las modernistas conservadoras, prefascistas, o de un claro elitismo reaccionario.

Debemos volver al estudio de los procesos de adopción mediterránea del positivismo y del darwinismo y a explicarnos el por que del surgimiento en este Sur aparentemente tradicional, de personajes como Sorel, Lombroso, Mosca, Pareto, Ortega, D'Ors o Alomar. A menudo valoramos poco el esfuerzo de *aggiornamento* intelectual realizado en esta área mediterránea sobre conceptos como la hegemonía social y las élites, sobre las formas de cohesión territorial, social y cultural o sobre el papel de la religión, la secularización y la Iglesia. A fines del siglo XX nos topamos con situaciones complejas, con esas tradiciones culturales a medio olvidar, con el peso mecanicista de largos años de confrontación entre la izquierda y la derecha (generalmente con postulados importados del Norte durante la *Guerra Fría*) y con situaciones de modernización social que nos obligan a hablar ya de sociedades complejas y posmodernas. El sur mediterráneo se encuentra, frente a ellas, con grandes dosis de desconcierto doctrinal y de falta de útiles conceptuales para hacerles frente.

Los elementos de modernización (referidos a la acción de los estados). Si de las formulaciones doctrinales pasamos a los programas políticos concretos nos hallaremos ante uno de los grandes condicionantes del complejo problema de la modernización en la área mediterránea. Aquí, la lucha real se seguirá centrando, durante buena parte del siglo XX, en el proceso de consolidación de la estructura de los estados: esto es, en llegar a conseguir la verdadera hegemonía del ejercicio del poder que, en muchas

ocasiones, pasó por la simple capacidad de imposición previa de un orden público moderno. Sin la consolidación de este moderno orden público, era del todo imposible abordar el tema de la integración social-nacional moderna, imprescindible para llegar al estadio en el que el individuo no dudará en conceder una total y nueva lealtad y fidelidad (substitutoria de la reservada al señor local, al cacique, o a la Iglesia) al Estado.

En el espacio mediterráneo, los problemas concretos se detenían en la fase previa de dotar al Estado de los mecanismos imprescindibles para ejercer esta hegemonía. Se trataba de un estadio de burocratización nuevo, en el que las instituciones y los organismos del estado debían posibilitar la medición, ubicación y catalogación reales de la población. El mundo mediterráneo debía encarar esta nueva necesidad partiendo de déficits tradicionales muy importantes. También debía hacerlo desde unas realidades en las que el Estado no había adquirido un protagonismo relevante en la tarea de dotar a sus respectivos países de mecanismos e infraestructuras suficientes para emprender la modernización de corte noroccidental.

Durante el siglo XX, estos déficits heredados del siglo XIX debieron resistir la gran prueba de la masificación interior y de la presión globalizadora exterior. En este sentido, resulta imposible no tomar en consideración la fuerza desestabilizadora de la Gran Guerra (como primera guerra verdaderamente total de la historia de la humanidad) en las sociedades del sur mediterráneo que aún conservaban una gran tradición localista, grandes déficits infraestructurales, los subsiguientes bajos índices de integración social-territorial y aquella debilidad anacrónica del poder estatal.

Esta realidad nos lleva indefectiblemente a reconsiderar los términos reales de la lucha que va a entablarse, en el área mediterránea, entre democracia y antidemocracia (aquí sin las grandes connotaciones raciales e irracionales propias de la germánica *revolución conservadora*); y, así mismo, a valorar el sentido de las experiencias estatistas, extraparlamentarias y autoritarias que se desarrollarán a partir de la Gran Guerra. En consecuencia, el hecho de referirse a estos regímenes como a destacados impulsores de la integración, de la estatalización y de la modernización equivalente al modelo noroccidental, no tiene por qué tener ningún tipo de implicación ideológica.

En el área mediterránea, a menudo las élites se refirieron, y en parte se han seguido refiriendo hasta hace bien poco, a la necesidad de consumir

una verdadera *modernización de las actitudes*. Seguir haciéndolo a fines de siglo XX sería peligroso, porque representaría creer en la ineptitud de las masas para la democracia y ello sería manifiestamente incorrecto en el plano político y mediático. Se trata, con todo, de una queja y de una inquietud continuadora de este conflicto por el contraste entre las dos naciones, que proviene del ochocientos, y al que el siglo XX ha conferido la nueva tensión entre autoritarismo y democracia (además de grandes dosis de violencia, a menudo proveniente de la ideologización extrema). No es casualidad la formulación de un Ortega y Gasset respecto a *La España invertebrada* de 1922 y a *La rebelión de las masas*, en un año tan significativo como 1930, ambas, por tanto, justo antes y después de la dictadura de Primo de Rivera, en un contexto como el español, en el que estos desequilibrios eran más que evidentes.

En la perspectiva secular y en esta línea que une la modernización y la estatalización con las grandes imposiciones geoestratégicas, creo que debe reconsiderarse la puesta en marcha de la denominada *vía socialista mediterránea*. Se trata de un modelo desarrollado después de 1975 que identificamos con el ordenamiento previsto en el Acta de Helsinki (según hemos analizado en el segundo epígrafe de este mismo apartado). No creo aventurado considerar la común estatalización socialista de los años ochenta, claramente modernizadora e integradora del espacio mediterráneo en los ritmos nórdicos, como el definitivo elemento de superación de las viejas tensiones mediterráneas que hasta entonces tan sólo se habían podido solucionar, por lo menos aparentemente, a través del rígido control autoritario y de la planificación extraparlamentarios. Claro está que la no menos general crisis de este modelo socialista mediterráneo, coincidente por todo el sur con la década de los noventa y en medio de todo tipo de escándalos y corrupciones, puede que acabe teniendo unas consecuencias en los procesos de larga duración que aún no estamos en condiciones de valorar adecuadamente.

El contexto general, los grandes puntos de referencia, también han cambiado o por lo menos creemos que lo han hecho de forma notable. En su más que controvertido libro *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (1994), E. J. Hobsbawm ha caracterizado el último cuarto de siglo como *The Ladslide*, traducible como la pendiente o la crisis de los pueblos, pero que este autor centra en la crisis de los estados. Efectivamente, Hobsbawm se lamenta y se declara pesimista ante un final

de siglo que ve caracterizado por la evidente crisis de las estructuras estatales y su incapacidad para seguir ordenando el crecimiento económico y su equitativa redistribución social, con el consiguiente resurgir de las más diversas formas de violencia, egoísmo (neoliberal), irracionalidad, religiosidad o de fundamentalismo nacionalista reivindicativo y etnocéntrico. En definitiva, puede que esta crisis finisecular de ahora ponga de relieve, en áreas donde el énfasis estatal fue mucho menor que en el norte desarrollado, la coexistencia y validez de otros modelos históricos de cohesión cultural, social y política.

Los elementos de modernización (referidos al cambio económico y social). Resulta imposible olvidar la importancia de los elementos estructurales, aunque tan sólo sea para destacar su estrecha relación con las formulaciones culturales y políticas.

Existe una formulación que podemos considerar como recurrente. Se refiere a una cadena argumental que relaciona la modernización con el cambio estructural y que sitúa estas transformaciones en la base de desarrollo de un sistema democrático. Así pues, el rápido crecimiento del espacio urbano y la consiguiente proliferación de la clase media y del moderno sector de los profesionales liberales, serán los elementos indispensables para que el estado liberal se convierta en definitivo estado liberal nacional y emprenda el complejo camino de su democratización formal. Parece ser que uno de los primeros que sistematizaron esta relación existente entre la industrialización y la democracia fue A. Toynbee,⁴ a mi modo de ver en estrecha sintonía con las preocupaciones avanzadas, en práctica coincidencia temporal, por pensadores como J. Stuart Mill o Alexis de Tocqueville.

Excepto en unas pocas áreas (Lyon, Cataluña, Piamonte-Lombardía, Nápoles, en claro retroceso, y poco más) que podemos considerar verdaderas islas de industrialización, el Sur mediterráneo no ha seguido el modelo expuesto más arriba. La dinámica económica, sin embargo, terminó igualmente por erosionar de forma poderosa el mundo rural y las formas de vida tradicionales. Las grandes migraciones intraregionales y extraregionales constituyeron al mismo tiempo un efecto de este proceso y una válvula de escape con la que suavizar los grandes desequilibrios que se iban sucediendo. A fin de cuentas, en buena parte del arco mediterráneo, durante

⁴ Véase en este sentido *Lectures on the Industrial Revolution in England*.

las primeras décadas del siglo XX la población activa dedicada al sector primario (agrícola) descendió por debajo del 50 % del total y el sector de los servicios moderno (transporte, administración y banca en detrimento del viejo sector del servicio doméstico) marcó el proceso de definitiva modernización del mundo sociolaboral urbano.

El tema que queda por ver es hasta qué punto y con qué intensidad el mundo urbano mediterráneo ejerció de elemento modernizador del conjunto del área. Pero formularse esta cuestión implica al mismo tiempo ponerse de acuerdo en qué cosa representa la modernidad. Si seguimos el modelo anglosajón, la modernidad se inicia con el Renacimiento y constituye un proceso de imposición del racionalismo científico y de laicización de la moral. Sin embargo, lo que se presenta como un proceso incluido en lo que Braudillard define como la «realidad real» (no virtual o mediática) muy pronto se descubre como el reflejo de un gran idealismo (el de la Ilustración y sus secuelas), y como algo realmente inconcreto y difícil de casar con cadenas de hechos concretos: el estallido postmoderno de fines del siglo XX así parece indicarlo.

El espacio mediterráneo presenta una modalidad de cambio hacia sociedades complejas en el que no destaca la acción de un poder superior (el Estado) con capacidad de reordenar y universalizar los efectos de la modernidad sobre el conjunto de la sociedad. Quienes se modernizan, en el Mediterráneo, son unas élites compuestas fundamentalmente de intelectuales y profesionales liberales. Éstos tienen capacidad suficiente de irradiación y prestigio social para dejar sentir sus propuestas (que a la larga calarán en el seno de la sociedad), pero no tienen el poder suficiente ni los medios para relegar a verdaderos *ghettos* sociales y culturales al resto de la sociedad que aún convive con formas culturales con un gran contenido tradicional.

Debido al hecho de no tener una determinante estructural muy fuerte, los distintos procesos de modernización mediterráneos presentan un rasgo intercultural característico. Esta condición los convierte en algo más llevadero y con capacidad de convivir con el desarrollo postmoderno del último cuarto del siglo XX. Debe reflexionarse sobre este equilibrio mediterráneo⁵ como mínimo a la vista de los resultados a los que se llegará

⁵ En el sentido sociedad abierta-sociedad cerrada que ya apuntaba C. Lévi-Strauss en *Raza e Historia*, 1952.

a fines del novecientos. En principio, la dicotomía durkheniana entre solidaridad orgánica, propia de sociedades complejas, y solidaridad mecánica o tradicional, propia de sociedades donde funcionan valores compartidos de forma general, no parece tan dramática e irreversible a fines del XX como a fines del XIX.

Los elementos culturales (nacionales e identitarios). Con todo, no creemos que sea posible establecer una separación muy acusada entre las dinámicas mediterráneas y las del *modelo noroccidental*. Sea como fuere, también en el Sur terminará por aparecer la nueva necesidad de fijar idearios nacionalistas y de codificar las viejas identidades y fidelidades referidas a espacios locales más tradicionales en función de la nueva realidad estatal. Los protagonistas iniciales serán igualmente los sectores intelectuales (en un primer paso hacia su reconversión novecentista en ideólogos) y la cronología, con punto de arranque a fines del XIX y principios del XX. Esto nos sitúa en un momento parecido al del norte de Europa y en una común perspectiva estatalista europea occidental.

Debe pensarse de nuevo el recorrido completo de esta construcción nacionalista a lo largo de todo el siglo XX mediterráneo. La importancia y multiplicidad de casos de nacionalismos reivindicativos no debe hacernos olvidar el éxito indudable que ha tenido el estado mediterráneo en su tarea nacionalizadora de las masas. Puede que en esta extensión social, los éxitos y avances reales deban situarse en la segunda mitad del siglo. Pero, a la postre, sorprende la rapidez con la que se adoptarán los comportamientos típicos del nacionalismo del siglo XX.

Por otra parte, a nadie se le esconde que la evolución del último cuarto del siglo XX está generalizando unas nuevas condiciones que afectan de lleno a la soberanía tradicional de los estados nacionales occidentales. Primero el egoísmo de las multinacionales y, después, las nuevas necesidades supraestatales han despojado al viejo estado de su control exclusivo de funciones tan decisivas como la política macroeconómica, la de defensa, la política exterior o hasta del control de las políticas educativas. Parece difícil seguir pensando, en este nuevo marco que acompaña al reciente proceso de individualización de las sociedades occidentales, que el Estado podrá seguir manteniendo los índices de fidelidad de la ciudadanía nacional conseguidos con tanto esfuerzo y violencia durante los años centrales del siglo XX. Este

desequilibrio se hará más evidente cada día que pase, puesto que en la actualidad se sigue viviendo de muchas inercias tradicionales.

Los distintos estados tan sólo podrán mantener parte de su hegemonía nacionalizadora en función de que sean capaces de asegurar suficientes servicios-ventaja para sus ciudadanos, de que sepan ejercer una eficaz coacción interior (pero, cada vez más, administrando normas llegadas de fuera) y de sus posibilidades de movilizar de forma controlada las pasiones nacionalistas irracionales de la masa; unas pasiones cada vez más groseramente patriotas y vulgares en su inducción por los *mass media*, que se concretan, a menudo partiendo de la nada, ante puntuales *agresiones a la Patria*, o a través del mundo del espectáculo y de las más diversas formas de orgullo deportivo.

Ante estas situaciones, la pervivencia de las tendencias regionalistas o de los nacionalismos reivindicativos que no planteen excesiva violencia adquiere una fuerza renovada (es por esta razón que se ha hablado tanto de un *modelo catalán*). De todas formas, en la actualidad estas manifestaciones siguen considerándose como fuerzas disgregadoras (esto es, negativas); y, ellas mismas, siguen dialogando y confrontándose con el Estado con una óptica tradicional y sirviéndose de conceptualizaciones y estrategias heredadas del ochocientos. Sin embargo, su perseverancia en la valoración explícitamente histórica de lo particular, su voluntad de acercar la gestión al administrado más allá de los argumentos meramente técnicos, de identificarse con los rasgos definitorios de comunidades pequeñas o su apelación al mantenimiento de ciertas fidelidades comunitarias, pueden convertirles en reclamos muy funcionales y en factores de humanización y de oposición a la despersonalización y homogeneización de la actual dinámica mundializadora.

Además, no podemos dejar de considerar que esta *funcionalidad* del regionalismo y del nacionalismo reivindicativo renovados a fines del siglo XX pueda servir para matizar una trayectoria plurisecular de gran calado. Me refiero a la gran carga ideológica y antihistórica (con el consabido radicalismo doctrinal que culmina en la parte central del siglo XX) que los *philosophes* del siglo XVIII impulsieron al debate intelectual occidental y que a partir de entonces justificó la superior ordenación estatal de la convivencia social y política de los individuos. La *lumen naturale* de la razón y la verdad, de aplicación universal, sirvió y ha seguido sirviendo de superior aval a todo tipo

de atropellos perpetrados contra las expresiones culturales y lingüísticas más diversas. En su estudio «Giambattista Vico y la historia cultural»,⁶ Isaiah Berlin destacaba el profundo desprecio por el conocimiento histórico (Descartes lo consideraba algo indigno de hombres inteligentes) que embargaba esta corriente que culminó en la Ilustración francesa.

Queda abierto, así pues, el debate de hasta qué punto un área de tradicional dependencia como la mediterránea podrá aprovechar la crisis del siglo XX para devolver a la superficie elementos de larga duración y hasta de permanencia histórica que a la postre parecemos revalorizar como claves para el proceso del desarrollo humano.

⁶ Incluido en su magnífico *El fuste torcido de la humanidad*, 1959.